

de que acabe de olvidarlo es mia. Sí, va á acabar por adorarme..... La maña, no hay duda ninguna, vale más que la fuerza.»

Magdalena, por su parte, hacia el siguiente resúmen del estado general de su corazón.

Acordándose de Javier, decía :

«¡Qué generoso!.....»

Pensando en Miguel, exclamaba :

«¡Qué ingrato!.....»

Entre tanto, la ventana de la cortina negra seguía muda y solitaria.

CAPÍTULO IX.

Juega y pierde.

Llegamos á la puerta de una casa, cuyo aspecto debe inspirarnos consideracion y respeto.

Desde el portal ancho y desahogado que iluminan con profusion dos mecheros de bronce con la viva luz del gas invisible, se advierte que no es una casa cualquiera en la que pueda ser fácilmente violada la santidad del domicilio.

La escalera no es precisamente suntuosa, pero es una escalera ancha y cómoda que convida á subir por lo ménos hasta el primer piso.

No es necesario llamar á la puerta del cuarto principal de la casa, cuya escalera acabamos de subir, para que la puerta se abra, por

la razon sencillísima de que está siempre abierta.

Esta circunstancia que realza la opulenta apariencia de sus dueños, no es un fausto vano, es más bien necesidad que lujo, porque es una casa en la cual de continuo está entrando y saliendo gente, y no habria manos para abrir y cerrar tantas veces la puerta.

No es una tienda, ni un palacio, ni una oficina pública, ni un café, ni una fonda, ni un teatro; y no obstante, en ella puede entrar cualquiera y son pocos los que no entran.

Es una casa particular donde nadie habita y donde muchos viven; es decir, donde muchos se buscan la vida y donde algunos lo pierden todo.

La puerta que da á la escalera abre paso al recibimiento; esto es, á la primera antesala, á la antesala de los lacayos, que son los centinelas avanzados de los coches que esperan en la calle.

En el recibimiento hay un guarda-ropa, servido por criados con frac, que recogen los abrigos, los chanclos y los paraguas de

los que pasan adelante, y los recados, las tarjetas y las cartas de los que se vuelven desde la puerta.

El resto de la casa es una combinacion de salones, de gabinetes, de galerías, todo ricamente amueblado con hermosas alfombras, donde los pasos se ahogan hundiéndose los piés en una primavera de tapicería, en la que el azul del cielo suele andar por los suelos.

Entre estas habitaciones se encuentra un gran comedor, salas de juego, gabinetes de lectura, despachos para escribir y hasta biblioteca.

La familia es numerosa y se la ve repartida por la casa segun sus gustos, sus aficiones, su humor ó su carácter.

Aquí comen unos y más allá duermen otros; en esta sala disputan varios sobre la conveniencia ó el negocio del último empréstito; en la inmediata murmuran otros—y suelen ser siempre muchos—de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, desollando por puro pasatiempo á todo el género humano.

Miéntas éstos se divierten con el honor de los hombres más distinguidos y con la

honra de las mujeres más notables, dos salones más allá se despluman unos cuantos, que jamas son pocos, jugándose lo temporal y lo eterno, es decir, lo que tienen y lo que no tendrán nunca; ó lo que es lo mismo, la fortuna propia y la fortuna ajena, á la vuelta de un dado, al volver de un naípe ó al *treinta y cuarenta*, en el que acontece más de una vez y más de ciento que lo *negro* de la suerte triunfa del *encarnado* de la vergüenza; el *encarnado* y el *negro* son los colores rivales del *treinta y cuarenta*.

Dos ó tres misteriosamente encerrados en cualquiera de los gabinetes dispuestos *ad hoc*, combinan en voz baja, bien una intriga política, ó una intriga amorosa, ó un negocio de prontos y seguros beneficios, dé esos que improvisan una fortuna, ó discuten honradamente las condiciones de un lance de honor que ha de verificarse, por supuesto, entre dos caballeros.

En otro gabinete lujosamente adornado, sobre cuyo escritorio suntuoso brillan una escribanía de maciza y pesada plata y un candelabro del mismo metal no ménos macizo,

escribe en papel satinado y con pluma inglesa sujeta á un elegante mango de marfil, en recogida soledad, un hombre más ó ménos jóven, de brillante camisa, de novísima corbata y de espléndido chaleco, sobre el que campean los brillantes eslabones de una cadena de oro, pena á que están condenados los relojes de bolsillo por el crimen inaudito de señalar las horas.

Escribe una carta pidiendo en ella cualquiera de estas tres cosas:

Un empleo al desdichado ministro que acaba de subir á las esferas del poder.

Una satisfaccion al insolente amigo que acaba de faltarle al respeto.

O dinero al infeliz conocido que ha tenido la imprudencia de saludarle aquel día.

La misma persona puede escribir las tres cartas sin perjuicio de que sean tres los que encerrados en sus respectivos gabinetes las escriban, porque en la casa en que estamos hay hombres para cada una de esas cartas, y gabinetes para cada uno de esos hombres.

Puede ser la misma persona, porque en

sustancia, las tres cartas vienen á pedir lo mismo : una satisfaccion.

Un empleo, que es al fin y al cabo la satisfaccion pública de los hombres políticos.

Un duelo, que es la satisfaccion del honor de cualquiera.

O dinero, que es por su valor efectivo, contante y sonante, el conjunto de todas las satisfacciones de la vida moderna.

Hay en la casa fonda, que tiene á toda hora dispuestos platos, que dicen : «Comedme.» Café, que facilita en el acto cuantas bebidas pueden calmar la sed de los hombres que no se ahogan en poca agua, y una repostería hecha á prueba de los gustos más delicados y de los apetitos más intransigentes.

La familia forma una especie de congregacion, á la cual contribuyen muchas familias, á lo ménos con el contingente de una persona, y se reunen allí recíprocamente atraídos por naturales afinidades hombres de distintas clases, de diversas aptitudes, mas por lo comun de la misma especie, formando la espuma de la sociedad, por lo que

la espuma tiene de brillante y de ligera.

Allí se reune lo que hay de más ilustre en las armas, en razon de este ó el otro pronunciamiento ; lo que hay de más ilustre en la política, ya por una conspiracion, ya por otra ; lo que hay de más ilustre en las letras por la fama de un periódico ó por la gloria de un libelo ; lo que hay de más ilustre en la perfumada esfera de los galanteos, bien por una aventura, bien por otra más ó ménos feliz ó más ó ménos escandalosa ; lo que hay de más ilustre en la *banca*, por la fama de negocios ruidosos ; lo que hay, en fin, de más ilustre en la suerte de los dados y en la suerte de los naipes por fortunas perdidas ó por fortunas ganadas.

En ninguna parte se pasa el tiempo más agradablemente que en esta casa, porque en ella se olvidan los pesares que ya por un estilo, ya por otro, amargan las breves horas de la vida.....

¿Quién en aquellos salones suntuosos, donde se respira comodidad y abundancia, delante de una chimenea de mármol, hundido en una butaca de terciopelo de Utrech como

una alhaja en su estuche, rodeado de espejos que lo multiplican, de criados que le sirven, de amigos que estrechan su mano, de personajes que lo saludan, ha de acordarse, por ejemplo, de que debe el frac que lleva puesto?

¿A quién, embebido en las delicias de una conversacion chispeante en que se descubren ó se inventan las debilidades de esta casada, de aquella viuda, de la otra soltera, ha de venirle á la memoria el recuerdo impertinente de que tiene mujer, de que tiene hijas ó de que tiene madre?

¿Cuál será el que en medio de tanta gente ilustre, sumergido, digámoslo así, en el seno de una sociedad tan brillante, se acuerde, ni á las diez de la noche ni á las tres de la madrugada, de que tiene en el mundo una familia oscura que le espera?

¿Dónde está el hombre que, dueño, aunque sea en *comandita*, de un palacio espléndido donde le sirven el agua en cristal resplandeciente, donde le presentan las tarjetas en bandejas de plata, donde le abren las puertas para que salga y le levantan las pesadas cortinas para que éntre, donde los cria-

dos respetuosos se inclinan al verlo y se apartan para que pase, donde, en fin, sea la que quiera la humildad de su condicion, se oye llamar *usía*, recuerda ni por un momento que más léjos ó más cerca tiene una pobre casa?

¿Es posible que, sentado delante de una mesa sobre la cual circula el oro en sonoras monedas, pasando de unas manos á otras segun los secretos caprichos de la suerte confiada á la volubilidad de los dados ó á la inconstancia de los naipes, recuerde que es hombre?

Sí; en ninguna parte se pasa el tiempo más agradablemente que en esta casa, porque en ninguna parte es tan fácil olvidar la pobreza que aflige, las deudas que atosigan, la familia que importuna, los cariños que asedian, los deberes que sujetan, las obligaciones que mortifican.

En ninguna parte se pasa el tiempo más pronto, porque no hay tiempo más ligero que el tiempo que se pierde, y en ninguna parte se pierde más tiempo; y sin embargo, en esta casa todo se sabe, todo se dice y todo se hace.

Es una especie de Falansterio al que cada asociado lleva las fuerzas activas de su ociosidad, realizando el comunismo de todas las disipaciones y de todas las voluptuosidades.

Si estos renglones que nacen voluntariamente debajo de la pluma llegaran al sosegado retiro de alguna aldea apartada del movimiento arrollador de la civilizacion moderna, no faltará algun patan que, ignorando la naturaleza propia del tiempo en que vive, crea que la casa cuya fisonomía acabo de bosquejar es un capricho de mi imaginacion acolorada; pero los que estamos en el secreto de las cosas y nos gusta penetrar en ellas algo más allá de la superficie sabemos que la casa es auténtica.

No hemos entrado aquí movidos por vana curiosidad; acudimos á presenciar algo que es necesario saber para seguir el curso de los diferentes hilos que se enredan en el tejido de la presente historia.

En el salon especialmente destinado á la tertulia general, empieza á reunirse la flor y la nata de la familia. Es la hora en que los

espectáculos públicos de la noche terminan y acude á la casa lo más selecto de sus dueños á recoger las últimas noticias y las últimas murmuraciones, sin las que esta gente escogida no acertaria á conciliar el sueño.

A las doce de la noche van llegando unos despues de otros, porque quieren, y es muy justo, acabar de pasar la noche.

Un caballero casi anciano puesto de espaldas delante de la chimenea, disputa con otro casi jóven, que se revuelca sobre el damasco de una butaca acerca de un punto político, digámoslo así, que hace ya dias trae revueltos los ánimos, excitada la curiosidad y divididas las opiniones.

—Yo, decia el jóven, echando una pierna sobre otra y elevando el pié á mayor altura que la cabeza, creo que eso no tiene sentido comun.

—Pues sepa V., replica el anciano, que eso consiste en que carece V. completamente de sentido político.

—Ea, preguntó el primero, dirigiéndose á los circunstantes: ¿les parece á ustedes racional que un ministro escriba un artículo

furibundo contra el mismo ministerio de que forma parte? Cítese un caso.

Uno de los que oyen, contesta:

—No sé si es racional ó irracional; pero todos los que estamos aquí recordamos el *no de Negrete*.

Al oír esto el anciano hace sonar el revés de su mano derecha sobre la palma de la izquierda, diciendo:

—Ahí tiene V. un caso.

—Pero, señores, exclama el caballero joven, no es lo mismo; un voto no es un artículo.

Los circunstantes se echan á reír, y él prosigue:

—No es lo mismo; el artículo de *El Oriente* ha sido una puñalada á traicion.

—Perfectamente, replica el caballero anciano; el *no de Negrete* fué un pistoletazo cara á cara. ¿Qué más da?

—De todas maneras, continúa el joven insistiendo, ¿cómo se explica el caso?..... Sea como quiera, *Negrete* salió del ministerio, pero el ministro á quien se supone autor del artículo no ha salido todavía.

—Pongamos las cosas en su punto, dice otro; los casos son distintos, y además hay bastante diferencia entre las personas.

—¡Qué diferencia!..... preguntan algunos sorprendidos.

—Uno contesta: el ministro del *no* era un buen hombre, y el ministro autor del artículo debe ser un pillastre..... No es, pues, lo mismo.

—Aun así insisto en preguntar, replicó el joven, ¿cómo se explica el caso?

—Es muy sencillo, contestó el caballero anciano; el ministro de que se trata debía estar en combinacion secreta con el jefe de la fraccion disidente de la mayoría, esperando la ocasion más propicia para darle el golpe de gracia al ministerio; la cuestion del empréstito no podía ser más oportuna; sólo un ministro podía saber los íntimos pormenores de ese asunto, y un ministro es forzosamente el autor del artículo que habia de soliviantar la opinion, poner en alarma á la mayoría y en un *brete* al Gobierno.

—Eso es estúpido, exclama el joven cambiando de pié; esto es, echando la pier-

na izquierda sobre la derecha. ¿A quién se le ocurre que un ministro trabaje contra sí mismo?

— Espere V., espere V., añade el otro; no trabajaba contra sí mismo, sino *pro domo sua*. Si provocado por *El Oriente*, el ministerio presenta la batalla pidiendo previa y amplia autorizacion para contratar el empréstito, haciéndolo, como es natural, cuestion de gabinete, que es lo que se creía y se esperaba, el solapado ministro, autor del artículo, hubiera presentado su dimision momentos ántes de empezar la lucha parlamentaria; la mayoría se hubiera descompuesto y habria sobrevenido un cambio de ministerio, subiendo al poder la fraccion disidente; ésta es la doctrina constitucional. ¿Comprende V. el caso?

El jóven se encoge de hombros, y contesta:

— No entiendo ni una palabra de lo que está V. diciendo.

Aquí un nuevo interlocutor toma la palabra, y dice:

— Pues la cosa es bien clara..... ¿No ve usted que el ministro llevaba un juego doble?

— ¿Para caer?..... preguntó con acento irónico.

— No, replica el otro, para quedarse; para quedarse si el ministerio retrocedía y no presentaba la batalla; para formar parte del nuevo ministerio en el caso inminente de una derrota.

— Ya, exclama entónces el jóven con el mayor desembarazo..... eso es distinto..... Pero vamos á ver, ¿qué ministro es ése?

El anciano contesta:

— Uno..... no se sabe cuál..... se dice que es el ministro de la Gobernacion; algunos indican al de Hacienda, pero no hay ningun dato, y lo mismo puede ser uno que otro.

— Cierto, añade un terçero; mi última noticia es que en el consejo de ministros de esta tarde se ha tratado el asunto, y el presidente ha dicho: «Señores, los enemigos del Gobierno aseguran que en el ministerio no hay más que un hombre leal»; y es positivo que todos se encogieron de hombros, preguntándose cada uno interiormente: «¿Cuál será?»

Este chiste, que no es del todo original,

se recibe con lisonjeras carcajadas, y hace fortuna obteniendo el honor de ser repetido de boca en boca.

Calmada la hilaridad de la concurrencia, el caballero casi joven vuelve á la carga, diciendo :

— No hay dato ninguno; por consiguiente, todo eso no es más que una suposición, pura suposición. Que..... Y lo echó redondo como un peso-duro.

No debe extrañarse, porque en esta culta sociedad, si bien no se le exigen á nadie votos de ninguna especie, en cambio hay libertad completa para echarlos de todas especies y calibres.— Es un palacio en el que se puede hablar como en una taberna.

El caballero anciano repite la interjección para no ser menos que su obstinado contrincante, y añade :

— Datos..... allá veremos si hay datos.

Otro circunstante media en la disputa, diciendo :

— Los dos tienen ustedes razón; la sospecha existe y se extiende, y cada uno hace sus suposiciones; pero no hay dato nin-

guno positivo, no hay documento alguno que haga fuerza en juicio. ¡Oh! si lo hubiera.....

El que acaba de hablar no es para nosotros un hombre del todo desconocido; pues su levita, su baston y su calva nos están diciendo que es el insigne A. Gil y Agudo en persona, que por lo que se ve, es también individuo de tan ilustre familia y dueño en *comandita* de tan espléndida casa.

Así empezó á animarse el salón de la tertulia, y del modo que hemos visto comenzó á cantar aquel coro de ángeles.

Pasemos ahora á otra sala, donde veremos algo.... no todo lo que en ella acontece de ordinario, sino lo preciso, lo absolutamente preciso para la necesaria inteligencia de los sucesos que vamos refiriendo.

El cuadro que nos espera va á carecer de muchos detalles y pormenores que le darian su colorido propio y verdadero; mas los omito,—á pesar de mi gusto por los detalles y de mi afición á los pormenores,—en razón á que el que los conozca no encontraría en ellos novedad ninguna, y el que los igno-

re maldita la necesidad que tiene de saberlos.

Siempre debe decirse la verdad; pero principalmente debe decirse cuando se escribe, porque el vulgo de las gentes, y aún muchas gentes que no se tienen por vulgo, creen los mayores desatinos si llegan á su noticia en letras de molde, porque todavía no les cabe en la cabeza que el conducto más ocasionado á la falsedad y á la mentira que puede haber bajo la capa del cielo, es la letra de imprenta; averiguacion hecha hace mucho tiempo, lo ménos desde que se pronunció por primera vez la antigua y afortunada frase de: «mientes más que la *Gaceta*.» *La Gazzetta* fué el primer periódico que se publicó en el mundo.

Digo, pues, que no debe mentirse nunca, y ménos todavía cuando se escribe. No obstante, reconozco que alguna vez conviene mitigar el rigor de ciertas verdades, apagando en lo posible la viveza del colorido para no entristecer con pinturas, digámoslo así, demasiado fieles el ánimo de los lectores inocentes que no conocen el cuadro original que se copia; porque hay en el mundo tris-

tes, tristísimas, verdades que no debieran conocerse.

Sírvame de excusa lo dicho y sigamos la sencilla narracion de nuestro cuento.

Por el silencio que reina en la sala creíamos que estaba desierta, si ciertos ruidos misteriosos no nos advirtieran lo contrario. En efecto, se perciben murmullos que se disipan y se reproducen á intervalos, respiraciones fatigadas de pechos oprimidos bajo pesos enormes; cierto silbido particular entrecortado semejante al que produce un papel al pasar por encima de otro, y por último, el sonido armónico y acompasado de monedas que chocan entre sí cayendo una sobre otra.

Estos silencios casi angustiosos son interrumpidos de vez en cuando por conversaciones fugitivas, por exclamaciones repentinas, en que se cruzan todo linaje de interjecciones, formando un ruido confuso que se apaga de la misma manera que se extingue el rumor que forma la concurrencia de un teatro en el momento en que el telon se levanta.